

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . º É P O C A

Año 1953 - - Núms. 58 - 59



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

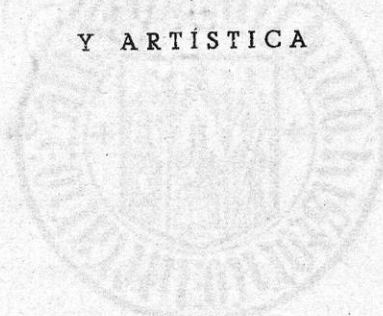
800

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA DE HISTORIA, LITERATURA, Y ARTES
CALLE DE LA LECTURA, 10
41013 SEVILLA (Cádiz)



EJEMPLAR NÚM. **009**

ARCHIVO HISPALENSE
REVISTA
HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA
Y LINGÜÍSTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1953



Tomo XVIII
N.ºs 58 - 59

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1953

MARZO—ABRIL—MAYO—JUNIO

Núms. 58-59

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso,
Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Angel Ca-
macho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García
Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano
Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero
Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova
Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José
Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Francisco Collantes de Terán.— <i>Los Castillos del Reino de Sevilla...</i>	117
Celestino López Martínez.— <i>Gonzalo Argote de Molina, historiador y bibliófilo</i>	187
María Josefa Cordero Ovejero.— <i>Moderato de Gades</i>	209

MISCELANEA

José Hernández Díaz.— <i>La imagen del santo Cristo de Medinaceli...</i>	221
José Monge y Bernal.— <i>Donoso Cortés y Sevilla</i>	223
José Salvago de Aguilar.— <i>El juramento de la Limpia Concepción, en Marchena</i>	225
Antonio de Cértima.— <i>Sevilla y el sentido de la muerte</i>	237

LIBROS: Varios	241
----------------------	-----

CRÍTICA DE ARTE: José Guerrero Lovillo — <i>Pintura y escultura</i>	255
---	-----

CRÓNICA: El Cronista Oficial de la Provincia.— <i>Noviembre, 1946</i>	265
---	-----

ARTICULOS ORIGINALES

ARTICLES OF ASSOCIATION

ARTICLES OF ASSOCIATION

SEVILLA Y EL SENTIDO DE LA MUERTE

Rafael Laffón, celebrado cantor hispalense, vive voluntariamente apartado en el urbanismo irredento de la blanca ciudad de Heliópolis, aguas abajo del Guadalquivir, donde trabaja, con laboriosa calma de benedictino, las combinaciones de su poética. Esta, originalísima, procura una semántica luminar, sin hibridismos, que es la exacta correspondencia, la alegoría atormentada pero lúcida, en que este autor parece hallar, no obstante, un acentuado gusto metafórico, la fórmula peculiar de su expresión literaria. Le acompaña una tendencia declarada —por no decir *causada*— para la interpretación angustiosa de los motivos más afines de su vida moral e intelectual, y lo lleva a afinar aquellas imágenes dentro de un sistema de ortodoxia de la desesperanza.

Su último mensaje —*Vigilia del Jazmín*— viene cargado de lamentos clamorosos, obedientes a un signo de muerte que la influencia de los planetas no quiso alterar. La flor jazmín, símbolo fragante de la tenacidad carnal de la musulmana urbe del Guadalquivir, se reviste con este título de la algidez inerte de una endecha de cenotafio. A su vez, la vigilia, desprovista del turgido epitalamio de su contenido local, se convierte en un *intermezzo* temporal en el que el alma asiste, lacerada, al fúnebre deslizarse del reloj de arena, y sólo exclama:

*"Para morir es buena cualquiera hora
pues detrás de la espalda, a cada paso,
dejamos en el aire este vacío..."*

Mas este tema del fin de la vida humana me induce a citar otras dos recientes obras publicadas en Sevilla, reveladoras de la misma preocupación mental que interroga a Dios o se rodea de problemas en que la idea de perecer es analizada y discutida al sabor de una filosofía cordial o situada, incluso con evidente magia, dentro de un motivo de arte.

La primera, *Los Signos de la Muerte en los Crucificados de Sevilla* —de la que es autor el doctor Juan Delgado Roig, académico de Letras y Medicina, hombre ya consagrado por una serie de libros de reconocido valor científico y literario—, está constituida por un curioso estudio sapientísimo acerca de la representación plástica de la muerte de Jesús y de la autenticidad anatómica y traumatológica con que el genio de los artistas sevillanos sabe dar expresión física al drama humano del Hijo de Dios. Enorme es el interés de estas páginas orientadas en perspectivas que las convierten en un documento extraño e inédito.

En cuanto a la segunda —*La Muerte*—, el eminente profesor de Derecho Político de la Universidad bética, don Ignacio María de Logendio —doctorado en París y con diploma de Ciencias Morales de la Universidad de Oxford—, se vale de su entrada en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras para traer a la luz de la oratoria erudita una serena defensa de la muerte. El volumen, ya de por sí atrayente, ostenta en la cubierta la sigla arquitectónica del Patio de los Muertos del Monasterio medieval del burgo romano de Santiponce. Por lo que al texto respecta, el tétrico desmenuzamiento que pudiera presuponerse, traspasado de melancolía filosófica, es sustituido por la amable sonrisa de Logendio, más cercana del rubicundo optimismo de un Brillat-Savarin que de los agotamientos ascéticos de San Jerónimo del desierto de Calceis. La muerte está llena de vida. Nos lo dicen las reflexiones del autor apoyadas en esclarecedoras citas, desde las coplas de Jorge Manrique a San Juan de la Cruz, de San Agustín a Heidegger, de Séneca a Unamuno, y hasta es convocada a trazar allí su romántica declaración la dulce María Bashkirtseff, que en su capilla de Niza, frente al Mediterráneo, aun es mecida por la fuerza vital de sus sueños.

Con las preocupaciones ideológicas de estos libros estamos, pues, en pleno nervio ético de Sevilla —donde el hombre, como en ningún otro de los meridianos terrestres, vive pleiteando con lo eterno pero con la cabeza levantada, en un estilo propio y viril, que se inicia con las grandes mayúsculas abiertas por el estoque sobre la dorada arena de la Plaza de Toros y termina en el *Discurso de la Verdad* del frustrado Don Juan del Hospital de la Caridad. Precisamente aquí, en el interior de este hospital, es donde se muestran los terribles lienzos de *Las Postrimerías*, del realista Valdés Leal, en la siniestra alabanza de la Nada. La expresión larvosa de la descomposición cadavérica que se extiende por el cuadro del *Jeroglífico* es de tal manera vigorosa y comunicativa —para no calificarla de alucinante— que Murillo, que asistía a los trabajos de la pintura, junto al *Retablo de la Vida*, decía que para contemplar la obra de Valdés era necesario un pañuelo para taparse la nariz... Y, con efecto, después del lúgubre escenario de catacumba de los Capuchinos en la ciudad de Palermo, esta macabra esqueletización de la muerte es un motivo visual de los que inducen con mayor dominio el sentimiento del

terror. Con todo, la sensibilidad del sevillano es la que menos se impresionan ante tal espectáculo.

Existe para esto una razón. El nativo de la tierra hispalense, encaramado en las altas cumbres de su senequismo desdeñoso, vive con la conciencia adiestrada en un trato continuo con el más allá, cuya idea desoladora no le entibia, por eso mismo, ni le distrae de las magnas tareas en que emplea con rectitud su tiempo. Tareas que lo mismo pueden concretarse en la resolución de un asunto bancario como en la imposición doméstica de un precepto moral, en la perfecta observancia de los mandamientos de la Iglesia o en el acto mundano de adornar la solapa con la vehemencia provocadora del más bello clavel andaluz. En su teológica manera de ser, hay una constante de barroquismo que convierte en espectáculo exterior las intenciones más trascendentes y metafísicas. Al mismo tiempo, en reciprocidad a la fidelidad de su dogma, la pasión desbordante que mantiene por todas las seducciones temporales, no le inhibe de jugar todo el peso de su vida a fin de lograr la salvación de su alma. Este es el hombre sevillano: el del Concilio de Trento y de la batalla de Lepanto.

En cuanto a los poemas con que la voz de Rafael Laffón se armonizan de nuevo con las profundidades de la lírica española, si bien no entran en las especulaciones filosóficas del tema, no dejan por eso de acogerse a las sombras de un augurio fúnebre para modular las congojas de su inquietud. Y del incidente doloroso de un trance personal, que en un poeta de otras geografías psíquicas hallaría fáciles limitaciones, Laffón pasa a un clamor de desesperación cósmica donde el drama religioso se enfrenta con la muerte en la misma medida del drama puramente poético.

Por eso, esta su patética y cautivadora *Vigilia del Jazmín* pierde sus acordes de Sulamita angustiada para transformarse en un antifonario de súplicas que el amor embarga a impulsos de un corazón que se pasó al lado de la muerte. Llega, no obstante, hasta nosotros una suave llamada trasfundida de la limpidez interior de estos versos y también de la pulcritud de sus combinaciones lexicográficas. Llamada que es agua clara de su arroyo lírico y estremecida súplica de un Job que se lamenta entre nardos: esos cálices de carne lunar que en las noches del estío llevan de Heliópolis a San Lorenzo la trasminación mágica de la tierra sevillana, caldeada en besos e incienso.

ANTONIO DE CERTIMA.

Lisboa.

